

creía ya un futuro rey libertador. Ensayábamos gestos espeluznantes y diabólicas desorbitaciones. Ya veis cómo trocábamos hasta los nombres viendo de barbarizarlos. Todo Luis era Aloysius, y Augusto Marquet se hizo llamar Mac-Keat.

Tal fué el *Pequeño Cenáculo*. Tormentosos elementos apiñados en una temible incubación tonante; fosforescencias, chispas, soplos..... Gérmenes huracanados, promesas fatídicas de aniquilamiento..... Hugo había ya creado á *Cronwell*. Y Hugo era el Fulminator. La tempestad volaba. En los mustios huertos, entre las amarillas hojas de aquellas desoladas cementeras, se escondían alas trémulas.

Oh! señores!..... qué de cosas no hicimos en el ardor del entusiasmo! Estábamos embriagados de ideal; y, además, llevábamos la osadía del triunfo en nuestras cimitarras.....

Más tarde, juntos en la succulenta mesa de Graziano, hacíamos retemblar los vidrios en las ventanas del *Cabaret de Napoli*, con la estentórea vibración de nuestras soberbias truculencias. ¡Sus al burgués!... El burgués era nuestro odio. Nosotros sólo gustábamos de lo que no se arrecostaba en el nivel. Arriba ó abajo, no importaba: lo esencial era huir del equilibrio. Cuando los bronces de la abadía de Neustead y los añafles de Misolonghi nos trajeron en sus ondas melódicas la celebridad de Byron, los vértigos de la imitación cayeron sobre nuestras cabezas inflamadas. Ese sí que no usaba el chaleco de un botón en el vientre, ni la solapa académica! Ese sí que no andaba cuellitioso! (Eso, lo del cuello correcto, era el único signo adversativo que censurábamos á Hugo, murmurando á la sordina, en nuestros conciliábulos.) Hurra, gran lord! Abofeteador del orden, don Juan nacido entre nieves y calígenes, y abierto, como una gran flor de genio, bajo la lluvia ignescente de los climas del Sur. ¡Burlador de Sevilla, grano hispánico fecundado en surco inglés, desafiador de piélagos, Quijo-

te colosal, heroico lírico de guzla y tizona!... Oh sensual formidable, te seguiremos! Oh defensor de la Hélada, paladín de la más venerable de las decrepitudes, caemos de hinojos ante tí; besamos la orla sangrienta de tu manto de guerra! Vamos tras tí, como los fieles del Profeta, como las hordas de Timur, con fe de tártaros y furor de cosacos! Que tu adorada sombra nos sirva de atamán! Cobíjanos con tu bandera extraña! Llévanos á morir clavando el diente en la carne de los déspotas y de los Prud'hommes!.....

En los ojos del joven emergieron dos Etnas en el fulguroso alumbramiento de sus erupciones. La faz, bañada en lumbre, tuvo la ansiosa expresión de las videncias.

#### EL JOVEN PÁLIDO.

—Perdonad..... El recuerdo..... Os decía de Byron. Nos enloquecimos. Ya se nos antojaron frías nuestras cenas sin orgiásticos epílogos y sin evacuaciones cruentas y hecatómbicas. Quisimos derrumbamientos sansonianos, furores de una guerra de fe, chacalescas exhumaciones, danzas macábricas, rondas en torno del ángel Lucifer..... El Lord bebía, como en vaso murrino, en el marfil de los cráneos, circundado de monjes que eran sabrosas hembras desnudas, que al entreabrir sus hábitos mostraban sus desnudeces á los ojos chispeantes; y las golosas pupilas, vivas por el vino y la sangre, pensaban en un desgranamiento de manzanas. Pues bien, nosotros haríamos lo mismo. ¿Por qué no?... Y bebimos en una caja craneana, y echamos las heces sobre el erecto cuello y sobre la tersa levita de su Majestad Burguesa. ¿A qué seguir, señor? ¿A qué narrar tantas locuras, tantos desafueros, tantos desacatos á la buena Razón?..... Eramos jóvenes y éramos soldados de una idea. Teníamos la efervescencia de la vida y la ebullición del entusiasmo. Estábamos doblemente embriagados.

Se aproximaba ya la gran batalla. Si los